

Personajes populares de nuestra tierra

José María Becerra Hiraldo
Catedrático de Lengua Española

Los personajes populares de nuestras ciudades tenían un punto de locura, actuaban como personajes de teatro, trataban a los mayores con educación y a los niños con palabras hirientes. Eran como niños. Se dedicaban a profesiones singulares y eran conocidos por alguna hazaña. Tenían manías y ciertas locuras.

El punto o el punto y coma de locura era evidente. Se veía en las extrañas vestiduras, en las actuaciones sorprendentes, en lo irracional de su tiempo. Había en Jaén personajes populares, como la Juliana, el Calaíllas, el Rápido, el Falito, la Quica, la Loca. Todos eran entrañables locos. El “diamante rubio”, personaje granadino aficionado y cartelero de toros, llevaba gafas sin cristales y en las corridas a la primera de cambio desde la barrera del tres gritaba ¡Música, maestro! En la segunda mitad del siglo pasado aparece “Mariquilla La Loca”, asidua del barrio de la Victoria en Málaga, que iba con un delantal blanco sobre sus ropas oscuras y portaba siempre un canastillo lleno de piedras. Piedras que arrojaba solo a los niños que la insultaban. El “Chorrojumo” era una de las figuras más castizas y conocidas de la Granada de la segunda mitad del XIX. Se autocalificó como “rey de los gitanos” y se dedicó a ganarse la vida contando a los turistas historias sobre la Alhambra y dejándose fotografiar. Otro personaje querido, maltratado y loco era “Paniolla”, hoy caricaturizado en el cortejo del corpus junto a la Tarasca, cosa que no agrada a José Luis Delgado; era natural de Benalúa, al que unos estudiantes muy graciosos dejaron ciego al ofrecerle un cigarro con pólvora dentro. Los niños le seguían para que les enseñase el pito.

A veces piensa uno que están actuando en un teatro de la vida. Que son clásicos pordioseros. Pero no todos lo sienten así. El que haya profundizado en la mirada perdida del “Peseticas”, uno de los tres hermanos indigentes de Plaza Nueva, me dará la razón. Se sienten distintos de los demás y no quieren estar distantes. Nadie acudió al entierro del peseticas, ni sus hermanos, y un cura se preocupó de darles sepultura. En el Albaicín vivía el “Mollo”, gran conocedor de los campos y sobre todo de las hierbas para toda clase de guisos e infusiones; allí también vivió “la Juana”, pequeña y regordeta, vendedora de la ONCE, que en las fiestas del Corpus hacía mamadas junto a la Biblioteca del salón del río Genil.

La relación con los niños marca a estos personajes. Surge entre ellos una tensión, un enfrentamiento, una enemistad incomprensible. Son iguales y tan enfrentados, son inocentes y tan punzantes. El Piturda se dedicó a la artesanía de mimbres y por circunstancias de la vida se convirtió en un

vagabundo para el resto de los mortales y un perito cartonero para los jienenses; los niños se reían de él diciéndole que “la niña no era suya”. Había en Jaén un bailar de trompos; llevaba una chaqueta larga sin más ropa debajo; al recoger el trompo del suelo los niños acudían. “Paco Pita” fue un conductor de autobuses de Málaga muy amable y cordial con los niños, que le gritaban “Paco, pita”, y él pitaba.

Lo más significativo de aquellos personajes era la educación que demostraban en su trato con las personas a las que abordaban con especial talento y desparpajo. Recordemos a “Antoñito Procesiones”, el acompañante fiel de todas las procesiones que salían por el centro de Sevilla; nadie le negó nunca su ayuda ni la conversación y todos admitían su trato que era caballeroso y amable. “Sarasate” y el “Hombre del acordeón” solían ir juntos o por lo menos aparecían siempre los dos en los bares del centro y en las terrazas de verano sevillanas. Eran dos personas buenas, que jamás pedían nada y para entregarles el donativo habían que pedirles que se acercaran a la mesa. La mujer conocida como “Qué te brillan las espuelas” y Ramón eran otros personajes callejeros curiosos. Ella se acercaba a las mesas de las terrazas y cantaba la copla que le dio nombre, pues no sabía interpretar otra letra. Ramón no ofrecía nada, salvo su sonrisa y mirada profunda y cariñosa que enternecía a los sevillanos.

Hay personajes populares que se hacen famosos por alguna hazaña. Como el “Quico”, vecino de Aznalcázar que se dio un atracón de gambas en 1940, en un convite del Ayuntamiento por el día del Corpus. Como Zafra a quien maldijo una gitana y el día de su entierro la caja se la llevó el Darro de tanto como llovía. Como “Abundio”, personaje que existió entre los siglos XVII y XVIII en Córdoba y al que se le achaca el haber pretendido regar “con el solo chorrillo de la verga”, con apenas agua, un cortijo. Muy tonto. Tan tonto que en una carrera que corría él solo llegó el segundo.

Se dedicaban a profesiones singulares. Como el “Mocito Feliz”, de profesión “chupa cámara”, aparentemente vendedor de loterías en Málaga; con un gorro de pastorcito, llevaba siempre un periódico sujeto con alfileres llamado “El Colectivo”; allí donde había una cámara estaba él. El “Lenguas”, llamado así por su vocabulario escaso pero riquísimo en expresiones, vendía pescado en el mercado de La Merced y cuando terminaba, se bebía todo el vino que podía e insultaba al Caudillo paseando siempre por las calles del centro. Otro personaje entrañable que se ganó el cariño de los sevillanos fue el conocido como “Vicente el del canasto”; deambulaba por las calles del centro con su canasto y una mano sobre los ojos, de visera. Se acercaba a los coches como buscando a alguien y a veces ponía en riesgo su vida. El “Sargento Villegas” ha sido una institución en la Semana Santa. Su popularidad llegó con la banda de cornetas y tambores de la Cruz Roja, desfilando prácticamente con todas

las cofradías malagueñas. El “Tiriri”, famosísimo cantaor, siempre vestía de traje y llevaba el pelo engominado; siempre se encontraba en el Café Central o cantando en fiestas privadas. El “Malaguita” era vendedor de flores; con su canasta a modo de bandeja, hacía recorrido por distintos bares y pubs; siempre vestía con pantalón negro, camisa blanca anudada, fajín rojo y sombrero cordobés. Diego “El Bollero” fue el murguista más característico y conocido de la primera mitad del siglo XX, apodado así por su profesión, pues se dedicaba a hacer bollos de aceite en una panadería de Capuchinos; además cantaba en bodas y bautizos. El “Titi” de Málaga era marisquero. La “Tarde” era vendedor de periódicos en Málaga.

Estos personajes en los mayores infundían compasión, no pena. En los niños suscitaban sentimientos como la curiosidad, el regocijo e incluso la burla. El “Hombre de los pollitos” deambulaba por la calle Sierpes y con su voz imitaba a los pollitos que supuestamente llevaba en una cajita de cartón. El “Matías” era un poeta malagueño que desde la calle dedicaba poesías a los vecinos de los balcones. En sus discursos callejeros siempre ponía una nota de gracia, y acababa siempre con la coletilla: “Y dice Matías...”, pegando un zapatazo en el suelo. “Pepe Torres” fue el primer guardacoches que aparece en Málaga. Llegó a ser muy querido entre los conductores de los años cincuenta.